

CAPÍTULO XI

EL VERDADERO OBSTÁCULO.—ENERGÍA Y DELICADE-ZA CON QUE SANTA MÓNICA PROCURA REMOVERLE.— NACE LA FE EN EL ALMA DE AGUSTÍN

Año 386.

r el corazón de Agustín hubiese permanecido libre y puro, bien pronto la llama de la fe y del amor divino habrían brillado en él; pero hacía quince años que arrastraba el yugo de un amor culpable, á que se había entregado sin reserva, y este amor le tenía fuera de sí habiendo encontrado lo que tanto deseaba en su juventud. Pero si lo largo y peligroso de un viaje de seiscientas leguas no había detenido á la madre de Agustín, tampoco hizo vacilar á la madre de Adeodato que, despreciándolo todo, había venido á Roma en busca del padre de su

hijo, le acompañó hasta Milán y vivía con él en amigable consorcio; completando el cuadro que Adeodato crecía y los regocijaba con su precoz imaginación y clarísimo talento. ¿Cómo salir de tal estado? Y en tanto que estos lazos culpables no se desatasen, ¿cómo llegar á la fe, al bautismo, á la penitencia, á la sagrada Eucaristía y á la perfecta vida cristiana?

Mónica pensaba en ello incesantemente viendo que la lucha disminuía en el alma de Agustín, pero que crecía en su corazón. Entre Dios y él no había ya cuestión de luz sino cuestión de virtud: esto era evidente y asustaba mucho á Santa Mónica; porque conociendo el corazón de Agustín, sabiendo cuán estrechamente unido estaba á la madre de Adeodato, y persuadida de que su hijo no querría olvidar á esta mujer, se preguntaba aterrada de qué medios se valdría para remover el último y el mayor de los obstáculos.

Había entonces al lado de Agustín un joven llamado Alipio, á quien conviene conocer á fondo, y que era el mejor y el más querido de sus amigos. Estrechamente unidos en Africa, volvieron á verse en Roma, y no pudiendo vivir solos, juntos fueron á Milán. Agustín le llevó á los errores que profesaba, pero, esto no obstante, sentía tal y tan rara inclinación á la virtud, que, si en los primeros años cayó en alguna debilidad

propia de la juventud, se había levantado con vergüenza y remordimiento, viviendo después en completa continencia. Este joven asediaba á Agustín para que viviese como él, y le ponderaba con entusiasmo los goces de la vida austera, elevada, espiritual y que indemniza los sacrificios exigidos por la castidad, con una paz, una libertad y una fuerza, que sólo pueden hallarse en la silenciosa contemplación de la verdad; pero Agustín, desgraciadamente, estaba demasiado enfermo para aceptar estos consejos. La culpable unión que llevaba hacía quince años, le parecía tan necesaria, que sin ella la vida misma le fuera una desgracia y muerte continua. «Yo, »dice, no hubiera podido vivir jamás privado del »cariño de aquella á quien amaba; y como desco-»nocía la fuerza que da Dios á las almas castas, no »me creía capaz de esta soledad. Si hubiese diri-»gido hacia Vos los gemidos de mi corazón, y »con fe viva os hubiera confiado mis inquietu-»des, Vos, oh Dios mío, me habríais concedido »esta gracia (1).»

Pero Agustín no pensaba en poner remedio á tanto mal. «Encantado, dice, por la criminal »dulzura del placer, y no pudiendo sufrir que se »tocase á mis llagas, arrastraba la cadena, te-

En situación semejante, para curar la herida profunda de su corazón, sólo había un remedio: puesto que Agustín no podía vivir en la soledad austera de la castidad, convenía bendijese Dios esta unión que tan necesaria le era. Santa Mónica pensaba en ello sin cesar, orando fervorosa con este fin; y estando persuadida de que, si Agustín no conociese otras afecciones que las santas y legítimas del matrimonio, desaparecerían bien pronto todas las dificultades, dirigía á Dios las más ardientes súplicas á fin de que se efectuase el casamiento.

Lo más sencillo y más lógico hubiera sido que Agustín se desposara con la madre de Adeodato; pero, aunque sea imposible señalar la causa, resulta cierto que no era realizable semejante matrimonio; pues conociendo, como se conoce, lo mucho que sufrió Agustín al separarse de ella, cuando esto fué imprescindible, no queda duda alguna de que las leyes, las costumbres ú otras

[»]miendo que alguien viniese á romperla. Recha-»zaba cuanto pudiera decírseme en favor de la »virtud, como rechazaría la mano que quisiera »librarme de una esclavitud que yo amase (1).»

⁽¹⁾ Confes., lib. VI, cap. II.

^{(1) «}Deligatus morbo carnis mortifera suavitate, trahebam catenam meam, solvi timens et quasi concusso vulnere repellens verba bene suadentis, tamquam manum solventis.» (Confes., lib. VI, cap. XII.)

causas que ignoramos, opusieron á esta unión obstáculos insuperables. No pudiendo, pues, desposarse con la madre de Adeodato ni tampoco despedirla, se comprende la situación dificilísima de Agustín en tal momento. Pero bajo de estas vacilaciones, angustias y aplazamientos, había otra cosa más profunda, más íntima y más dificil, el gran obstáculo de la virtud y la dificultad de siempre, el corazón.

¿Quién siente estas cosas mejor que una madre, y sufre más cuando ocurren? Sin embargo, no había en qué vacilar: puesto que las relaciones culpables no podían legitimarse, preciso era romperlas de una vez; y el único medio de conseguir que Agustín soportara este golpe, era ofrecerle la perspectiva de otra unión, noble y digna de él.

Es probable que Santa Mónica recurrió á los consejos y á la grande influencia de San Ambrosio, para que le ayudara en obra tan difícil; pero, sobre todo, oraba. «Ella, dice San Agustín, »dirigía al cielo fervorosos ruegos, pidiendo á »Dios la iluminase en momento tan importante »y dificultoso (1).» Hasta que, por fin, después de

haber buscado con particular interés y orado mucho, tuvo la suerte de hallar la joven cristiana que parecía reunir cuantas cualidades puede desear una santa en aquella á quien va á confiar el alma enferma de su hijo. Mónica habló de ella á Agustín, excitándole á adoptar la resolución que le proponía, y éste, oprimido de dolor, es verdad, pero conociendo que era necesario resignarse al sacrificio, y no atreviéndose á negar ni á conceder aquello que le pedía, dejó que obrara su madre. Santa Mónica, siguiendo los impulsos de su alma, pidió para Agustín la mano de aquella joven en quien ella se había fijado, y su pretensión fué muy bien recibida; mas, como la joven había salido apenas de la adolescencia, se convino en que el matrimonio no habría de realizarse hasta pasados dos años. Acaso también; las familias creyeron necesario este aplazamiento, para dar lugar á que se regularizara y ennobleciese la posición de Agustín (1).

Pero éste no podía continuar á la vista de su

^{(1) «}Cum sanè et rogatu meo et desiderio suo; forti clamore cordis, à te deprecaretur quotidie, ut ei per visum ostenderes aliquid de futuro matrimonio meo.» (Confes., lib. IV, cap. XIII.)

^{(1) «}Et instabatur impigre ut ducerem uxorem. Jam petebam, jam promittebatur, maxime matre dante operam, quo me jam conjugatum baptismus salutaris ablueret, cui me in dies gaudebat aptari, et vota sua ac promissa tua in mea fide compleri animadvertebat.» (Confes., lib. VI, cap. XIII.)

joven prometida en posición tan falsa y hasta poco delicada; así que procedió á separarse de la madre de Adeodato, consumando el sacrificio. San Agustín ha hablado muy poco de esta separación, pero ¡cómo lo hace! «Yo me dejé arre-»batar la que participaba de mi vida; y como »mi alma estaba íntimamente unida con la de »aquella en quien tenía el corazón, me quedó éste »tan lacerado y herido, que la llaga vertía san»gre (I). » Después, en otra parte, añade lo siguiente: «La herida producida por esta separación »no quería curarse, y durante mucho tiempo se »inflamaba y me hacía sufrir los más terribles »dolores (2).»

En cuanto á la madre de Adeodato, fácil es comprender cuáles fueron sus gemidos y sus lágrimas, aun cuando la historia nada dice sobre el particular; pero sí se sabe, y lo consignamos aquí con placer, que esta mujer, dueña quince años del corazón de Agustín, movida al fin por la gracia y dirigiendo al cielo sus miradas, se fué á ocultar en un monasterio y á pasar allí

(1) «Cor ubi adhærebat, concisum et vulneratum mihi erat et trahebat sanguinem.» (Confes., lib. VI, cap. XV.)

sus últimos días, pidiendo á Dios perdón de haber encadenado el corazón de Agustín, y haber retardado tantos años el triunfo, que su gran talento preparaba á la Iglesia. «Ella, prosigue, valía más »que yo, é hizo su sacrificio con un valor y gene»rosidad que nunca supe imitar (1).»

Santa Mónica bendijo al Señor con gran efusión de su alma, y empezó á confiar en el porvenir. ¿No había obtenido bastante caro el derecho de pensar que las pasiones de Agustín iban entrando en un período de calma, y el de esperar que, después de tamaño sacrificio, nada sería ya capaz de detenerle en el camino de la verdad y de la virtud?

Hubo efectivamente, por entonces, en la vida de Agustín un instante de calma y claridad, cual se percibe cuando entre dos nubes oscuras queda el cielo despejado. Los lazos estaban rotos, el sacrificio consumado, y semejante á un barco que, al quitársele la carga, sube, Agustín volvía á su elevación natural. Mónica era feliz al lado de su hijo, y los amigos de éste se entregaban con ardor al estudio de la Filosofía. A menudo llegaba de Africa algún compatriota de Agustín, deseoso de hallar en Milán á su joven maestro ó á su antiguo amigo: Romaniano, por ejemplo,

^{(2) «}Nec sanabatur vulnus illud meum quod prioris præcisione factum fuerat, sed post fervorem doloremque acerrimum putrescebat.» (Confes., lib. VI, cap. XV.)

⁽¹⁾ Confes., lib. VI, cap. XV.

á quien los pleitos traían á la ciudad, y era el que, generoso siempre para el hijo de Patricio y Mónica, le proporcionó con delicadeza los recursos de su gran fortuna; Alipio, á quien ya conocemos, y que viniendo entonces al lado de Agustín, iba á servirle de especial consuelo y á proporcionarle amable compañía, y Nebridio, en fin, que había dejado en Cartago los inmensos bienes de su padre, su casa y hasta su madre, por entregarse al estudio de la Filosofía. Más joven que Agustín, aunque vacilante como él, buscaba la verdad sin encontrarla; y, dudando siempre, no obstante el ingenio profundo que tenía, Nebridio ocupaba un lugar distinguido en el corazón del hijo de Mónica. Algunos otros, siete ú ocho próximamente, dados á los mismos estudios, se agrupaban á su rededor y, así congregados, cultivaban la literatura y discutían sobre las sublimes cuestiones de Dios y del alma; pasando alegremente los días.

«Nos habíamos reunido, dice Agustín, mu»chos amigos que, abominando las inquietudes y
»molestias de la vida social, resolvimos retirar»nos del bullicio para vivir tranquilos. Era nues»tro plan reunir en un fondo común lo que cada
»cual tuviera, formando una sola familia y ha»ciendo desaparecer entre nosotros la idea de lo
»tuyo y de lo mío: deseábamos que, en fuerza

*de la amistad, no hubiese una cosa de éste y
otra de aquél, sino que de todos nuestros bienes se hiciese un solo caudal, y todo él fuese
de cada uno, y todas las cosas fuesen comunes
de todos: seríamos unos diez los que así pensábamos, y varios eran muy ricos. Romaniano, en
particular, compatriota y amigo mío desde la
infancia, era quien con más empeño deseaba
realizar este proyecto, siendo su voto de gran
autoridad para persuadirnos, por ser más rico
que todos. Dos debían encargarse de la administración de los bienes, y los otros dedicarse
única y exclusivamente al estudio de las ciencias (1).»

Este era el ideal y proyecto de Agustín, y lo fué también de todas las almas grandes desde tiempos muy remotos; el ideal de Platón, de Sócrates, de Pitágoras, de Cicerón y de todos los que, por la elevación de sus almas ó el desencanto del mundo, quisieron dejar el bullicio de la sociedad, para alcanzar más fácilmente la verdadera sabiduría. Mil veces concebido, ensayado, desechado y vuelto á concebir, hubiérase creído que el proyecto iba por fin á realizarse; puesto que había personas dispuestas á aceptar el pensamiento, no faltaba tampoco un maestro inteligente, y

⁽¹⁾ Confes., lib. VI, cap. XIV.

no se carecía de los medios materiales indispensables al efecto. «Pero, cuando nos preguntamos, »dice Agustín, qué haríamos de las mujeres, pues »muchos eran casados y los otros aspiraban á »serlo; la arcilla, al parecer tan bien preparada »para la obra, se deshizo en nuestras manos, y »arrojándola todos, volvimos á los suspiros y »lamentos acostumbrados, y á seguir los anchu-»rosos y frecuentados caminos del siglo (1).»

En efecto, para que el hermoso proyecto pu diera realizarse, faltaban dos cosas no pequeñas: que el edificio de esta república de almas estrechamente unidas, desligadas de las cosas terrestres y libres de todo para llegar más fácilmente á la luz, se cimentara en el amor divino, y que sus puertas las guardara la castidad. Pero esperemos algunos años, y San Agustín volverá á su proyecto, los amigos se le agruparán, el joven maestro les dará leves porque se rijan; su Regla, recorriendo todo el mundo, será la admiración de los siglos y, cuando más tarde Santo Domingo, San Cayetano y San Francisco de Sales quieran crear sociedades parecidas, donde las almas puras, libres y generosas, lo abandonan todo pensando sólo en Dios, á San Agustín pedirán su plan y sus constituciones.

Pero ¡cuán inconstante es el corazón del hombre, y cuán imperiosas sus pasiones! Agustín, al separarse de la madre de Adeodato, había hecho á su fe naciente el mayor sacrificio que puede exigirse de un alma tan sensible como la suya, y este sacrificio le había sido recompensado con especial luz y tranquilidad; y, ¿quién lo creería? Agustín buscaba ya nuevos lazos culpables. No tenía fuerza para esperar dos años á esa tierna joven, que su madre le había escogido para esposa, y que él mismo había aceptado; la cual, ejercitándose en la vida cristiana, le preparaba silenciosa un corazón, cuyo amor sería exclusivamente suvo. Esclavo él de sus sentidos, y sin poder alegar el cariño, se echó encima otra nueva cadena más ignominiosa; porque no la crearon las afecciones del alma, y porque su ingratitud para con la madre de Adeodato, así como la falta de delicadeza en víspera del nuevo matrimonio que pensaba contraer, le marçaban con una señal sobremanera vergonzosa. «Infeliz de mí, dice él mismo, »incapaz de aguardar la mano de la que me estaba »prometida y esclavo de la pasión, buscaba otra »compañera, exasperando la enfermedad de mi »alma y continuando en los innobles placeres, »hasta la llegada de mi prometida. De este modo »la llaga que la primera separación me había cau-» sado, no cicatrizaba, sino que, después de vivos

⁽¹⁾ Confes., lib. VI, cap. XIV.

»dolores, se dilataba más y se hacía más peli-»grosa, más insufrible é incurable (1).»

Tal es el hombre, cuando se separa de Dios, y, preciso es confesarlo, motivo hay en esto para que se cubra el rostro de vergüenza ante semejantes aberraciones. El talento más sublime y penetrante se deja arrastrar de los errores: el corazón más bello, el más sensible y el más grande, se deja dominar de las pasiones, y de la misma manera que el espíritu, una vez degradado, corrompe el corazón, así también el corazón corrompido degrada á su vez el espíritu. Funesto círculo vicioso que duraría siempre, si Dios no interviniese, y del cual se vió en Agustín, próximo á perecer otra vez, un triste y solemne ejemplo.

En efecto, apenas cayó bajo este segundo yugo, todas sus pasiones se despiertan, y cuanto hay de más feo y vergonzoso en los recónditos senos del alma, sube á la superficie inspirándole pensamientos que jamás había tenido. De las alturas, no ya de la fe naciente sino de Platón, descendió á las ignominias de Epicuro, suspirando por el materialismo más grosero. «Yo »dice, conversaba con mis amigos Alipio y Ne-»bridio, confesándoles que me faltaba poco para »poner á Epicuro sobre todos los filósofos. Su-»poned, les decía, que fuésemos inmortales, y »que pudiésemos vivir en continua voluptuosi-»dad, sin temor de perderla jamás, ¿no seríamos »soberanamente dichosos? Y entonces, ¿qué nos »faltaría (1)?» Hasta tal punto se rebajaba y degradaba esta alma noble, elevada y llena de aspiraciones hacia lo infinito: consentía encerrarse en el materialismo más innoble, á condición de que éste fuese eterno. «Así me hundía, continúa »dicendo, más que nunca en el abismo de las » voluptuo sidades carnales, deteniéndome sólo el »temor á la muerte y al juicio final. Por dicha »mía este temor se había grabado en mi corazón

^{(1) «}At ego infelix, nec feminæ imitator, dilationis impatiens, tanquam post biennium accepturus eam quam petebam, quia non amator conjugii sed libidinis servus eram; procuravi aliam non utique conjugem: quo tanquam sustentaretur et perduceretur vel integer vel auctior morbus animæ meæ, satellitio perdurantis consuetudinis, in regnum uxorium. Nec sanabatur vulnus illud meum, quod prioris præcisione factum fuerat; sed post fervorem doloremque acerrimum putrescebat, et quasi frigidiùs sed desperatiùs dolebat.» (Confes., lib. V, cap. XV.)

^{(1) «}Et disputabam cum amicis meis Alipio et Nebridio de finibus bonorum et malorum, Epicurum accepturum fuisse palmam in animo meo... Et quærebam, si essemus immortales et in perpetua corporis voluptate sine ullo amissionis terrore viveremus, cur non essemus beati, aut quid aliud quæreremus?» (Confes., lib. VI, cap. XVI.)